

Okker

Ana I. de Dios González

Cómo me gusta permanecer acurrucadito en la cama haciéndome el remolón. Hasta que oigo los pasos de mi ama por el pasillo, cada vez más cerquita, rumbo a mi habitación y con el sigilo que la caracteriza.

Cuando abre la puerta y cuele su carita en ella es tan emocionante. Es un momento de felicidad, que alimenta mi estómago antes de que las tostadas colmadas de mantequilla y mermelada consigan endulzar mi boca y descendan por el tobogán de mi garganta hasta hacer “plof” con fuerza en la balsa del estómago.

Me quedo ensimismado observando la ventana empañada de vaho y unas gotitas deslizándose queriendo competir quizás. Desparramadas más tarde y asustadas tal vez al toparse de repente con el gélido borde del cristal.

Me voy desperezando poquito a poco y consigo introducir, todavía a duras penas, mis pies en las zapatillas porque el sueño sigue abrazándome con fuerza. La primera visita es la del baño. Otro momento de felicidad, eso sí, fugaz. Y por fin aterrizo en la cocina.

Mi aita me está esperando ya con el tostador repleto de rebanadas de pan, la leche calentita, la mermelada de melocotón y el zumo. Lo más importante es la ternura que pinta sus labios y acompaña a su beso. Y comienza el tiempo de preguntas:

-¿Has dormido bien? ¿Qué me cuentas? ¿Qué tal? ¿Cómo se presenta hoy el día?

Mi ama hace acto de presencia. Conserva todavía en los ojos el cansancio después de una noche posiblemente intensa de trabajo. Se lleva el café con leche a la boca. La dulzura emana a través de la brillantez de su mirada. Su sonrisa se refleja en el pliegue de sus ojos. Siento que parece necesitar un momento de respiro, de silencio. Le pregunto por su guardia nocturna.

-Bueno -contesta- ha habido de todo un poco, aunque en general ha ido todo bastante bien. Eso sí, a partir de las dos ha habido un goteo constante de gente. Y en torno a las cuatro nos hemos asustado porque una compañera se ha desmayado. Afortunadamente no ha sido nada importante. Ha tenido un bajón de tensión coincidiendo con el golpe de gente. Exceptuando este hecho, por lo demás ha sido una jornada bastante llevadera.

Oímos las noticias en la radio. Comentamos una de las tantas singulares que acontecen cada día. Es un momento de bienestar. Me encuentro relajado.

Me reclino sobre la silla y al estirar las piernas bajo la mesa siento la suavidad del pelo de Oker.

Permanece todavía adormilado, hecho una bolita, aunque no por mucho tiempo. Enseguida viene a acariciarme. Me clava su mirada de color miel, acompañada del calorcito de su lengüecita que noto al lamer mi mano. Ya sabe que en el recreo le regalaré su ansiado paseo matutino.

Cada gesto constituye un eterno agradecimiento. A continuación dirige sus ojos a la puerta, después al perchero del que pende la correa. Pero previamente mueve el hocico para que no olvide su trocito de galleta. Una ducha rapidita y a clase.

Hoy tengo: Educación Física, Francés, Geografía, Inglés, Lengua y Música. Me encanta llegar al centro antes que

Oker.



mi maisu. Ver su cara sonrosada conforme desciende del coche. Lleva una maleta gordísima que creo le costará cerrar: libros, cuadernos, agenda, bolis, lápices, folios con notas... Una maleta cargada de ilusión que brota cuando la abre en clase y se sienta a conversar con cada uno de nosotros. También llena de nuestras inquietudes, vivencias, decepciones y alegrías que transporta en su ir y devenir diario.

Algunos días, unos segundos antes de comenzar una actividad, estamos tan alterados que le sobresaltamos. Soporta con una especie de resignación nuestros cambios de humor. ¡Y es que somos tan diferentes! Detrás de cada uno de nosotros se esconde un mundo complejo, inmenso, dispar, aunque con ciertos aspectos comunes. En ocasiones difícilmente descriptible e inenarrable. Un mundo desconocido plagado de incertidumbres, y sorpresas que nos esperan.

Nos cuenta, Ramón, que nació a la vez persona e irakasle. Que ambos se alimentaron recíprocamente. Que le apasiona enseñar y que formamos una parte muy importante de su vida. Al oírle decir esto, a más de uno se nos asoma una lágrima. Es tan infinito como sus Mates. O mejor dicho, a las Mates ya les gustaría ser tan infinitas como lo es él, tan incombustibles, químicamente hablando.

Un día nos relataba cómo había cambiado los dos pies por las dos ruedas y después las dos ruedas por las cuatro. Que antaño quedaban ya sus caminatas de los domingos a Urdaburu, Txindoki, Jaizkibel, Ganboa, Ernio... Todo eso ya pertenecía al pasado. Había entrado a formar parte del clan de los sedentarios. Se apreciaba una especie de nostalgia en sus palabras. Nos decía que comenzaba a observar cómo una kupela tímida parecía querer acampar indefinidamente bajo su camiseta. Esto último sí que daba la impresión de preocuparle considerablemente.

Al llegar a casa, Oker ya está sentado tras la puerta. Ha oído meter la llave en el portal y subir los tres tramos de escalera. Frota su cuerpo contra mis piernas y da un salto de alegría. Damos una vuelta por el parque. Bebe agua de la fuente y me salpica con su pelo. Me agacho y noto su carita fresquita al lamerme el moflete. Le digo cuánto le quiero.

Al regresar del paseo, Oker posa su mirada en una puerta contigua a la de casa. Poco a poco comienza a abrirse. La atraviesa y se introduce en la estancia. Me invita a seguirle. Desde la entrada se advierte un recibidor del que parten cuatro puertas. Una de ellas se abre al aproximarnos. Oker comienza a ladrar enfurecido.

La situación me inspira poca confianza. Lo más conveniente es que salgamos. De pronto observo que Oker ha atravesado la puerta y se encuentra en el interior de la habitación. Entonces percibo un enorme objeto destellante. Al acercarme a él me tranquiliza ver que se trata de un espejo en posición vertical. La puerta se cierra bruscamente. La habitación queda a oscuras. Sobre el espejo comienzan a aparecer palabras escritas sin aparente lógica. Se entremezclan entre sí dando lugar a frases:

A la curiosidad hay que tenerle respeto.

Algunas veces la curiosidad puede acarreamos graves consecuencias.

La curiosidad no debe tentarnos.

¿Qué significa todo esto? ¿Qué sentido tiene? No consigo salir de mi asombro. Oker está terriblemente alterado. Nos acercamos a la puerta e intento abrirla pero resulta imposible girar su pomo. Parece que está bloqueada.

A continuación Oker se dirige a la ventana y salta hasta la repisa. Me acerco a la ventana y tampoco consigo girar su manilla. Da la impresión de estar agarrotada. Me siento angustiado. Pienso que esto empieza a adquirir tintes claustrofóbicos. Considero que es mejor huir de aquí, ¿pero cómo?

Un sudor helador recorre todo mi cuerpo. Siento que el miedo también se apodera de Oker. Nos miramos ambos fijamente sin encontrar la respuesta que consiga descifrar este enigma. Comienzo a notar que se me nubla la vista. No consigo verle. Le llamo pero no me responde. Ahora lo que realmente siento es una especie de verdadero pánico. Me fallan las fuerzas. Me siento desvanecer y pierdo el sentido de la realidad.

Transcurre bastante tiempo hasta que llega mi hermana Mara y me comenta:

–Me he asustado al oír un desaforado grito salir de tu garganta. Pensaba que te estaba sucediendo algo espantoso. Tenía que calmarte rápidamente porque tu corazón parecía querer salir huyendo. Te abrazaba con todas mis fuerzas. Te hablaba, pero no me escuchabas. Te llamaba, pero no me respondías. Te gritaba, pero no me oías. No conseguía que reaccionaras. Unas palmitas en la cara tampoco surtían efecto. Qué alivio he notado al sentir que me apretabas la mano con fuerza porque ya estaba a punto de llamar al 112. Gracias a Dios Bihotza. Ha sido una situación tan angustiada que no he podido reprimir que un puñado de lágrimas inundara mis ojos.

Nos abrazamos en silencio y nos decimos cuánto nos queremos.

– ¿Dónde está Oker? –le pregunto a Mara preocupado.

– ¿Quién es Oker? –me contesta Mara.

– ¿Quién va a ser? Nuestro perro. ¿Dónde están aita y ama?

– ¿Aita y ama? Bueno, querrás decir amona.

– Lasai maitia. Oker estará debajo de la escalera, ¿recuerdas que es su escondite favorito?

– Ahora tienes que descansar. Mañana ya te contaré...

Mara me mira con ternura, me acaricia el pelo y se despide con un muxu.